



PODER Y *R*EGIÓN:

**NOTAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS PARA LA HISTORIA
POLÍTICA CONTEMPORÁNEA DE MICHOACÁN**

RELACIONES 72, OTOÑO 1997, VOL. XVIII

Verónica Oikión Solano

EL COLEGIO DE MICHOACÁN


 U

Desde fines de los años sesenta a la fecha, se encuentra abierto un caudal historiográfico que a lo largo de más de veinte años ha dado valiosos frutos de investigación histórica regional.

Los aportes reiteran, por una parte, que la temática desprendida del gran tema de la Revolución mexicana no ha sido aún agotada, y, por otro lado, nos reafirman que el proceso es de tal magnitud que sus consecuencias y su huella histórica configuran al Estado nacional del siglo xx y al México contemporáneo en su conjunto.

Desde mi punto de vista no podemos entender la historia mexicana contemporánea sin la necesaria alusión a su estructura política. La configuración e institucionalización del Estado nacional, producto de la Revolución, ha sido un proceso sumamente complejo, cuyas directrices han emanado del sistema político mexicano, precisamente como la expresión política del Estado nacional. El sistema político mexicano, además de ser institucional, se ha caracterizado, fundamentalmente, por su vocación autoritaria, centralista, burocrática y vertical. Pero también el sistema político ha sido el gran administrador del poder¹ en México, y sus características le han permitido reciclarlo de diversas maneras, pero siempre en función del fortalecimiento del Estado nacional.

La vida posrevolucionaria mexicana ha quedado marcada históricamente por esa vía azarosa –limitante, antidemocrática y autoritaria– impuesta por el sistema político mexicano.

Ayer como hoy, un viejo principio político, el de la democracia (entendida como ejercicio pleno del poder ciudadano), sigue siendo el ingrediente y la praxis faltantes en la vida política del México contem-

¹ Hacemos la distinción entre poder político y la "situación objetiva del poder", "siendo el primero aquél de que disponen individuos y grupos como resultado de la ocupación de posiciones institucionales de significación política de la sociedad, mientras el último se refiere al poder que tienen los diversos grupos, agrupamientos, sectores o clases sociales por su posición propia en la estructura social". Cfr. Luisa Paré, "Diseño teórico para el estudio del caciquismo", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM, núm. 2, abril-junio 1972, p. 339.

poráneo. En cambio, la lucha por el poder y el poder mismo son la esencia vital de la vida política mexicana posrevolucionaria.

En nuestro país, el conocimiento y la indagación acerca de los límites del poder a través del estudio de distintos fenómenos de carácter político (partidos políticos, jornadas político-electorales, cultura política, redes de poder, politización de la sociedad civil, etcétera), han sido poco abordados por los historiadores, y con más entusiasmo por antropólogos, sociólogos y politólogos.

Una revisión somera de tales estudios si bien expresa con toda claridad los avances logrados –sobre todo en lo que toca a procesos político-electorales, redes de poder y cultura política– sugiere insistentemente “superar los enfoques globales o nacionales para profundizar en las especificidades regionales de los procesos electorales”² y de toda índole política.

UN BREVE ATISBO AL ESTADO DE LA CUESTIÓN

A pesar de la riqueza historiográfica michoacana³ (tema del cual no me ocuparé en este texto), los estudios sobre el siglo xx sólo hasta hace unos veinticinco años han cobrado inusitado interés, primordialmente entre jóvenes historiadores con formación académica.

Sin embargo, dicho interés no acaba de subsanar el poco o nulo conocimiento que se tiene a la fecha sobre temáticas muy específicas del Michoacán revolucionario y posrevolucionario. Es decir, todavía hace falta mucho en el estudio y la comprensión del pasado michoacano inmediato. De hecho, son pocos los estudios académicos de carácter social y político con los que a la fecha contamos para arrancar desde ahí en la configuración de una historia política contemporánea de Michoacán. Dichos estudios se han realizado a cuentagotas y sólo pueden verse

² Jacqueline Peschard, “Las elecciones en el Distrito Federal (1946-1970)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año L, núm. 3, México, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, julio-septiembre 1988, p. 229.

³ Me refiero exhaustivamente a la producción historiográfica michoacana de los últimos veinticinco años en el artículo “El nuevo pasado michoacano. Una centuria historiográfica”, en *Relaciones*, núm. 60, v. xvi, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 41-74.

como pequeñas partes ya reconstituídas de un complejísimo rompecabezas que hasta la fecha nadie ha intentado completar.

Sin embargo, cabe la certeza de que se han logrado avances sustanciales en la historiografía michoacana contemporánea. Para los amantes de Clío en Michoacán, la formación de la academia es bastante joven. Después de *Pueblo en vilo* –hace 25 años– hacer historia de Michoacán se ha visto favorecido por diversos factores.

Por un lado, el reconocimiento de la pluralidad de las regiones de México por parte del Estado nacional, y, por el otro, el acercamiento de historiadores profesionales interesados en el estudio de dichas regiones, con nuevos instrumentos de análisis y al influjo de novedosos planteamientos y enfoques teórico-metodológicos.

A ello contribuyen, por supuesto, las vetas documentales, hemerográficas y testimoniales sobre Michoacán que muy recientemente se han abierto a la luz pública, cual minas riquísimas llenas de mágicos tesoros resplandecientes, que comienzan a ser valorados por el historiador interesado en narrar e interpretar –desde la perspectiva regional– la vida política y social de los michoacanos de este siglo. Por supuesto, y de ahí su importancia, todas esas fuentes primarias de información pueden dar al historiador la posibilidad de un conocimiento más profundo y más certero, y una reflexión más penetrante acerca de cómo se imbricó la Revolución mexicana y la larga etapa posrevolucionaria en el entramado regional michoacano, y cómo Michoacán en una relación desigual y combinada con los grandes procesos nacionales, entró por la vía de la posrevolución y la etapa contemporánea.

También hay otro factor a considerar, aunque no siempre se exprese de manera explícita. Nos referimos al deseo vivo y contundente –por parte de distintos sectores de la sociedad– de no dejar a la deriva el rescate de sus tradiciones culturales, y no perder la oportunidad única de convertirse en dueños de su propia historia, mediante el conocimiento de ella y el reconocimiento de su propia identidad y conciencia históricas.

En este contexto, Michoacán ha avanzado mucho. Jóvenes michoacanos se han formado como historiadores, fuera o dentro del estado, para dedicarse totalmente a la investigación histórica. Otros muchos –venidos de los centros universitarios de la metrópoli– han llegado a Michoacán y lo han adoptado como sujeto de sus investigaciones.

Con la infraestructura necesaria, de unos 25 años a la fecha han madurado en territorio michoacano distintas instituciones dedicadas a la investigación histórica, difundiendo sus conocimientos a través de reuniones académicas, publicaciones, mesas de trabajo, seminarios, etcétera, y apoyando con sus labores el rescate, la conservación y la divulgación de fuentes documentales, hemerográficas y bibliográficas.

El oficio de historiar también ha cambiado estructuralmente, pues ahora los historiadores michoacanos hacen su labor totalmente ajenos a los viejos partidarios políticos comunes a quienes vivieron y sintieron en carne propia el movimiento revolucionario. Ahora los historiadores michoacanos, formados profesionalmente en el campo de la historia, reconocen la importancia de la historia regional, y a su influjo abordan nuevas temáticas con renovados bríos analíticos.

Entre los temas novedosos y más relevantes caben destacar aquellos referidos a los cambios y las continuidades en la sociedad michoacana como producto del movimiento revolucionario, y la dispersión y polarización de las fuerzas políticas; la ubicación de escenarios locales donde actuaron distintos actores sociales en el periodo de intensa efervescencia y movilización social; la lucha por la tierra y la articulación del reparto agrario a los procesos políticos regionales; el análisis de los grupos de poder en los procesos político-electorales en el periodo posrevolucionario; las consecuencias en el ámbito estatal de la centralización política y la institucionalización del Estado nacional posrevolucionario; el impacto de los conflictos políticos locales y de envergadura regional y nacional; el cardenismo michoacano visto como la confluencia de las fuerzas políticas michoacanas herederas ideológicas de la Revolución; la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo como la expresión más importante del corporativismo michoacano y como instrumento del poder cardenista; la trayectoria política y militante de los grupos ligados a la Iglesia católica, y el papel de ésta tanto en la cultura política como en la conciencia social de la sociedad michoacana en su conjunto; el entramado de las redes del poder político regional –con toda la fuerza corporativizadora del partido de estado–, y la praxis política de la oposición militante, de izquierda o de derecha, en un campo infértil de nula organización de la sociedad civil; el perfil de la educación en Michoacán, ligada a los grandes problemas sociales y a la encru-

cijada política enfrentada por los gobiernos michoacanos emanados de la Revolución; y el papel de la Universidad Michoacana como catalizador social y como reflejo de tensiones y conflictos políticos.

Cabe subrayar que dichos aportes cubren de manera preponderante los años más álgidos de la Revolución en Michoacán y los inmediatamente posteriores al término de ésta. Así como el primer cuatrienio de la década del veinte. De ahí en adelante considero que hay una gran laguna a lo largo de los cuatro años siguientes de la década del veinte, en donde se desconoce cómo se engarza, se controla y/o se mediatiza el poder regional frente al proceso de franca institucionalización del Estado nacional.

Dentro de la historiografía michoacana ha existido una laguna importante con respecto al periodo del callismo en Michoacán, y que se corresponde con la gubernatura del general Enrique Ramírez. Esos cuatro años entre 1924 y 1928 no cuentan a la fecha con un estudio histórico exhaustivo. Particularmente me interesa este periodo, para lo cual hemos venido rescatando una veta documental riquísima en el Fondo Dirección General de Gobierno del Archivo General de la Nación, así como documentación inédita del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles.

El rescate de dichas fuentes pone en evidencia que el año de 1924 abre un abanico de nuevas posibilidades en el rastreo e identificación de las fuerzas políticas locales, y sobre todo, en una explicación coherente con respecto a la relación asimétrica entre poder regional y poder federal.

También 1924 es un año clave porque trae tras de sí la supresión definitiva de Francisco Múgica y de los mugiquistas en el gobierno estatal, como bien lo ha demostrado Martín Sánchez en su estudio.⁴ El hostigamiento hacia los mugiquistas no sólo se había dado a nivel local —con la presencia impuesta del gobernador sustituto Sidronio Sánchez Pineda—, sino también a nivel federal con las intenciones del presidente Obregón de centralizar cada vez más el poder político. En este mismo escenario, 1924 también es parte de la rebelión delahuertista y las respuestas vacilantes de las fuerzas políticas michoacanas frente a ella.

⁴ Cfr. Martín Sánchez Rodríguez, *Grupos de poder y centralización política en México. El caso Michoacán, 1920-1924*, México, INEHRM, 1993, 264 p., (Premio Salvador Azuela, categoría Investigación).

Ese año de 1924 es sin duda de vital importancia para entender la llegada del general Enrique Ramírez como gobernador de Michoacán, al abrigo no sólo de una obligada unificación de todos los grupos políticos en el plano estatal, sino también por el aglutinamiento de las distintas fuerzas revolucionarias en torno a la candidatura del general Calles en el plano nacional.

A lo largo del cuatrienio se afianzó y se consolidó el proceso de centralización e institucionalización del Estado nacional, bloqueando, obstaculizando y limitando las diferentes expresiones políticas del poder regional. Dichas expresiones, sin embargo, no dejaron de actuar en la esfera político-electoral de la entidad. Además, esta etapa sigue siendo especialmente violenta a través de movilizaciones sociales de diverso signo, como la cristiada y el movimiento agrarista, cuyas causas y efectos también incidieron en el comportamiento del poder regional.

Ambas movilizaciones seguramente no fueron los únicos factores políticos a considerar dentro de un panorama lleno de incertidumbres e interrogantes políticas ante las presiones reeleccionistas del grupo obregonista entre 1927 y 1928. Justo cuando a nivel regional confluyeron los grupos políticos michoacanos en torno a la candidatura del general Lázaro Cárdenas, quien llegó a la gubernatura de su estado después de una labor política llevada a cabo con precisión desde unos años atrás. ¿Cómo se desarrolló su campaña política? ¿Qué fuerzas políticas le dieron su apoyo? ¿Y cómo logró Cárdenas irse desembarazando de la preminencia política del grupo callista encabezado por Melchor Ortega? Son preguntas cuyas respuestas todavía quedan en el aire en la medida en que esa sucesión estatal no ha sido objeto de estudio alguno de manera específica. En cambio, se ha avanzado mucho y de manera profunda en el estudio de las fuerzas políticas michoacanas que lograron el despegue y organización del poder político cardenista durante la administración estatal de Lázaro Cárdenas.⁵ Pero no se conoce realmente el impacto a nivel regional de la fundación y la organización del partido de Estado, es decir del Partido Nacional Revolucionario.

⁵ Cfr. Los trabajos de Manuel Diego, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo*, Jiquilpan, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, 1982, 68 p.; Jesús Múgica Martínez, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo*.

No hay tampoco un estudio que se avoque exclusivamente al periodo del serratismo en Michoacán. Con base en los estudios con los que ya se cuenta sobre la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo y la gubernatura de Lázaro Cárdenas, es necesario ahondar en una explicación más certera y profunda –afianzada en la revisión de nuevas fuentes– para entender el proceso de la sucesión política estatal que llevó a Benigno Serrato al poder durante el bienio 1932-1934.

Este tema va ligado necesariamente con las inquisiciones sobre el por qué durante la gestión presidencial de Cárdenas, Michoacán no tuvo al frente del gobierno estatal elementos formados en las filas de la poderosa CRMDT. La paradoja fue más que visible en los años que van entre 1932 y 1939. La administración presidencial cardenista abonó un terreno en donde no siguió siendo fértil el dominio del poder regional. Muy por el contrario, las condiciones políticas puestas en la escena michoacana frenaron el fortalecimiento del cardenismo como movimiento regional, con cohesión y fuerza propias. A decir de Jorge Zepeda,

Un elemento clave para entender este proceso es la renuencia de Cárdenas para apoyar a un candidato del cardenismo local a la gubernatura de la entidad. Los cinco gobernadores que tuvo el estado entre 1932 y 1939 no eran cardenistas locales, a pesar de que el General era el hombre fuerte en esos años. Cada uno de estos nombramientos constituyó un golpe a las aspiraciones de los líderes regionales. Su repetición acabó por fragmentar la dirigencia de la CRMDT y debilitar su cohesión regional.⁶

Apuntes acerca de la evolución social y política en Michoacán, México, EDDISA, 1982, 238 p., ils.; Jesús Padilla Gallo, *Los de abajo en Michoacán. Apuntes breves del movimiento social en Michoacán desde el primer congreso de la CRMDT hasta su sexto congreso, su organización y los caídos en la lucha de clases*, Morelia, Talleres Tipográficos de la Escuela Técnica Industrial Álvaro Obregón, 1935, 98 p.; Fernando Salmerón, "Movilización, mediación y control políticos. La escuela agrícola de La Huerta y la CRMDT en el proceso posrevolucionario de centralización política", en Jesús Tapia Santamaría, (coord.), *Intermediación Social y procesos políticos en Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1992, pp. 85-114, y Alejo Maldonado Gallardo, *La lucha por la tierra en Michoacán, 1928-1932*, Morelia, editorial SEP Michoacán, 1985, 104 p.

⁶ Jorge Zepeda, "Los caudillos en Michoacán: Francisco J. Múgica y Lázaro Cárdenas", en Carlos Martínez Assad, coord., *Estadistas, caciques y caudillos*, México, UNAM/ Instituto de Investigaciones Sociales, 1988, p. 253.

Sólo recientemente, y de manera limitada, se ha comenzado a estudiar la recomposición del poder político en Michoacán, luego de que Cárdenas finalizara su gestión presidencial en 1940.

A partir de la segunda mitad de esa década hasta la actualidad, los historiadores no han incursionado en temas y problemáticas realmente interesantes hasta ahora sólo para los antropólogos, sociólogos y politólogos. Sus análisis de carácter político, social y antropológico han abordado temáticas referidas a los procesos político-electorales, cultura política, intermediación política, relaciones de poder, etcétera, abarcando ámbitos regionales como Zamora, Ciénega de Chapala, Puruándiro, Taretan, Uruapan y la Meseta Tarasca.

UNA PROPUESTA PARA MICHOACÁN

El encuentro con la historia política contemporánea de Michoacán nos ha conducido a una reflexión, cuyos puntos más relevantes quisiéramos compartir con el lector:

1. Reconocer la presencia de una larga tradición historiográfica michoacana como reflejo de un palpable regionalismo, y como respuesta histórica multifactorial al acendrado centralismo político impuesto desde la cúpula del poder al resto de la nación.
2. Considerar la validez de las propuestas y los estudios regionales como una atinada ampliación de la dimensión de lo histórico. No se puede seguir sosteniendo que la historia nacional es una y sólo una, y en donde por fuerza tienen que "reconocerse todas las regiones, todos los actores, todos los hombres, todos los procesos".⁷

Ambos puntos demuestran la urgencia –en términos académicos– para ubicar históricamente las particularidades de la gestación y desarrollo de los procesos políticos, cuya relevancia y complejidad son fundamentales para entender la historia política contemporánea de Michoacán.

⁷ Jesús Márquez Carrillo, Presentación hecha al libro de Wil Pansters, *Política y poder en México. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista en Puebla, 1937-1987*, Puebla, Centro de Estudios Univeritarios de la UAP, 1992, (Pasajes, 1), p. vii.

Wil Pansters, sociólogo holandés, plantea en sus estudios que:

Es imposible ver la formación de la nación mexicana como un proceso lineal acumulativo; es un proceso histórico dinámico en el cual los intentos de integración y centralización son seguidos por desintegración y fragmentación. Las tensiones entre la unidad nacional y las entidades regionales o locales (patria chica), entre estado central y las estructuras regionales de poder, y entre una economía nacional integrada y las economías regionales, tienen profundas raíces históricas.⁸

Por eso nuestro interés en la historia política de Michoacán se centra en el estudio del origen, estructura, ejercicio, transformación y límites del poder regional. Al concentrar nuestra reflexión en sus actores, intereses, mecanismos, decisiones, razones, permanencias, fracturas, conflictos, etcétera, tendremos la posibilidad de entender los distintos vértices y entrecruzamientos de la histórica política michoacana del siglo xx.

Cabe mencionar aquí que los debates teóricos sobre la importancia y el significado del poder se han dado más bien en el círculo de los politólogos, sociólogos y antropólogos. Realmente hasta ahora los historiadores nos hemos preocupado poco por problematizar el concepto de poder para aplicarlo a nuestros enfoques de historia política.

Para el caso de Michoacán, Fernando Salmerón, siguiendo los planteamientos de Guillermo de la Peña, Lorenzo Meyer y Richard Adams, explica al poder dentro de un contexto político determinado como "la capacidad de un actor -individual o colectivo- para llevar adelante un proyecto propio". También Luis Vázquez, apoyándose en Adams y en De la Peña, se interesa en dilucidar los principios de operación del poder. Por su parte, Pablo Vargas, apoyado también en Adams y en Luisa Paré "parte de la premisa de que en la conformación del Estado nacional, y por consiguiente del sistema político, existen diversas expresiones regionales que han determinado formas particulares de estructuración del poder en México".⁹

⁸ Wil Pansters, *Política y poder en México. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista en Puebla, 1937-1987*, p. 4.

⁹ Cfr. los estudios de Fernando Salmerón Castro, *Los límites del agrarismo. Proceso político y estructuras del poder en Taretan, Michoacán, Zamora*, El Colegio de Michoacán, 1989,

Al historiar el poder en Michoacán, el mapa político regional despliega ante nuestros ojos una rica gama de elementos y factores a considerar, y cuyos hilos conductores es preciso desentrañar a satisfacción, para así expresar con mayor claridad cómo se ha ejercido el poder en ámbitos tanto locales como de carácter estatal.

Uno de los grandes objetivos es entonces desmenuzar los rasgos más característicos del ejercicio del poder en un ámbito local y regional, pero con la certeza de que la investigación histórica actual debe fincar sus bases en los caminos historiográficos regionales ya recorridos. Ellos son un punto de partida válido para incursionar con paso firme en la reconstrucción de los orígenes, desarrollo, ejercicio y control del poder político del Michoacán posrevolucionario.

LAS HERRAMIENTAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS

El hacer historia requiere de imaginación metodológica. Esto quiere decir que el historiador, a partir de los documentos, que son su materia prima para elaborar su trabajo, puede y debe desarrollar una propuesta de cómo y con qué sentido va a manejar y auscultar esa materia prima que lo conduzca a una interpretación histórica de carácter científico.

Para fundamentar dicha propuesta, comencemos por reconocer que el historiador actual es "un interrogador comprometido con las causas del presente, que construye problemáticas y diseña hipótesis".¹⁰ A partir de este reconocimiento fundamental, el interrogatorio al cual sometemos nuestra información tiene que partir de la idea central expuesta por Marc Bloch: "Un documento es un testigo, pero los testigos raramente hablan sin que se les pregunte [...] Desde el momento en que nos pro-

298 p.; Luis Vázquez León, "Etnia y poder en Michoacán", en Jesús Tapia Santamaría, coord., *Intermediación social y procesos políticos en Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1992, pp. 199-246, y Pablo Vargas, *Lealtades de la sumisión. Caciquismo: poder local y regional en la Ciénega de Chapala, Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993, 286 p.

¹⁰ Horacio Crespo, "Historia cuantitativa", en *El Historiador frente a la Historia*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/UNAM, 1992, (Serie Divulgación, 1), p. 106.

ponemos obligarles a hablar, aun contra su gusto, se impone un cuestionario. Tal es, en efecto, la primera necesidad de toda búsqueda histórica bien llevada".¹¹

Con base en esta premisa, nuestro método –entendido como “forma de ordenamiento y utilización de los datos históricos”–,¹² se estructura a base de preguntas nodales delineadas a partir del planteamiento del problema, pero retroalimentadas (con el propósito de alcanzar su claridad y definición) a través de la tarea primigenia de búsqueda y selección de las fuentes de información. Es, en suma, una labor de crítica reflexiva, cuyo carácter es preponderantemente dialéctico.

En tanto se avanza en la organización y sistematización crítica de las fuentes, así también nos conducimos por un camino metódico que refuerza, avala y transforma la primera aproximación a nuestro objeto de estudio.

Para la elaboración de proyectos cuyas temáticas sean de carácter político, consideramos explícitamente que el método básico es el trabajo de archivo (recopilación documental), así como la recopilación hemerográfica. En un segundo plano se programa historia oral como instrumento para acceder a testimonios de carácter político. Por último, se considera la fuente fotográfica como testimonio vívido de una época.

Nuestra columna vertebral informativa puede componerse de un *corpus* con documentos oficiales emitidos en el ejercicio del poder (a través de las distintas instancias de gobierno: federal, estatal y municipal). Es importante también reunir la legislación político-electoral y el registro de partidos políticos locales, incluyendo su organización y plataforma partidista. Así como la información proveniente del partido oficial y las organizaciones sociales corporativizadas.

El manejo de toda esta información implica no sólo la recopilación de los datos y pronunciamientos políticos, sino también la lectura “entre líneas” y la capacidad de extracción de elementos ideológicos subyacentes e implícitos.

¹¹ Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 64), p. 54.

¹² Crespo, *op. cit.*, p. 108.

En suma, la recopilación de las fuentes de información –como labor metódica de rastreo, localización y confrontación de las fuentes– debe ir acompañada de una labor alterna de valoración de todos los materiales documentales, hemerográficos, testimoniales y fotográficos de utilidad para la investigación.

Después de completar la etapa heurística del trabajo (precisamente cuando los datos de que disponemos nos permitan contestar suficientemente nuestras hipótesis de trabajo), nuestra metodología de análisis se encaminará hacia problemas de orden práctico y conceptual, que imponen una reflexión significativa –en la esfera de la comprobación– para avanzar en la reconstrucción histórica.

No continuar con la labor analítica y detenerse en la etapa heurística, puede deberse a diversas causas, “una de ellas puede ser el haberse sumergido en la busca de papeles sin presupuestos teóricos, sin saber con exactitud la meta, sin la imagen interina del acontecimiento buscado y sin poner límites precisos a la investigación”.¹³

El derrotero seguido por el historiador al adentrarse en su objeto de estudio, se define precisamente a partir de aquellos supuestos teóricos a los que alude Luis González.

Consideramos que la temática elegida presupone una referencia explícita a la historia política, es decir, analizar la realidad histórica propuesta “desde la perspectiva de ‘lo político’”.¹⁴

La escuela de los *Annales*, hace unos cincuenta años, consideró a la historia política como “imposibilitada para alcanzar un *status* científico”. Paradójicamente, las aportaciones de esta corriente historiográfica han permitido su desarrollo, dando lugar a nuevas interpretaciones y explicaciones de los hechos históricos, “así como [a] la restauración de la concepción de tiempo y duración [...que] repercutieron favorablemente en los enfoques de la historia política”.¹⁵

¹³ Luis González, *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, pp. 109-110.

¹⁴ Hugo Zemelman, *De la historia a la política*, México, coedición Siglo XXI Editores y Universidad de las Naciones Unidas, 1989, p. 190.

¹⁵ Pablo Trejo Romo, “Los proyectos políticos: una propuesta para el estudio de los movimientos sociopolíticos en la historia”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 53, v. XIV, Zamora, El Colegio de Michoacán, invierno de 1993, pp. 46-47.

Ahora la relación entre historia y ciencia política¹⁶ no está a discusión, y se aprovecha más bien para plantear el sentido profundo de sus fines, es decir, como "posibilidad de historia total, desarrollados por una doble pertenencia formativa en la historia y en la ciencia política". El historiador Jacques Julliard considera que "la renovación de la historia política se hará —está haciéndose— en contacto con la ciencia política, disciplina todavía joven y vacilante, pero en plena expansión, y de la que el historiador no puede ignorar las investigaciones."¹⁷

Dicha renovación implica el estudio del Estado y el análisis del poder. Desde la década del sesenta, científicos sociales y politólogos propusieron el estudio —desde la perspectiva política— del sistema político contemporáneo de nuestro país, "centrándose para ello en la estructura real de poder para explicar a continuación —y con base en ella— la estructura social y política".

Al mismo tiempo se ha venido insistiendo en el estudio de casos específicos que inquieren todo lo referente al sistema político, sus conflictos, sus límites, sus mecanismos de legitimidad, etcétera. Preguntas que deben "ser planteadas a niveles inferiores, tales como el partido y los gobiernos estatales, para poder intentar una explicación más sólida y satisfactoria".¹⁸

Cabe aclarar que nuestros supuestos teóricos no podrán imponerse por encima de nuestra reconstrucción historiográfica. No estamos de acuerdo con "los tiempos del dogmatismo teórico, cuando se afirmaba que si la realidad no se comportaba como decía la teoría, ¡peor para la realidad!".¹⁹

En cambio, si nuestra propuesta se inicia "a partir de un análisis empírico exhaustivo es posible llegar a la construcción de un modelo".

¹⁶ Véase la discusión en torno a los objetivos y fines de la ciencia política, en Adrián Leftwich, *¿Qué es la política? La actividad y su estudio*, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, (Tezontle).

¹⁷ Luis Alberto de la Garza, "Historia y Ciencia Política", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 53, v. XIV, Zamora, El Colegio de Michoacán, invierno de 1993, pp. 35-44.

¹⁸ Lorenzo Meyer, "La Ciencia Política y sus perspectivas en México", en *Historia Mexicana*, núm. 82, v. XXI, México, El Colegio de México, octubre-diciembre 1971, pp. 297-299.

¹⁹ De la Gara, *op. cit.*, p. 42.

En este sentido convenimos en que: "No es la ciencia política la que determina un modelo para ser llenado por la historiografía, sino a la inversa, es la reconstrucción historiográfica la que permite la elaboración de un modelo".²⁰

La reconstrucción historiográfica no está hablando sólo de límites precisos en el tiempo, sino también de un espacio acotado. Lucien Febvre explicaba que su comprensión de la historia "grande" utilizaba un medio. "Este medio –añadía– consiste en poseer a fondo, en todo su desarrollo, la historia de una región".²¹

Nos interesa destacar, con base en la reflexión realizada líneas arriba sobre los presupuestos teóricos de la investigación, que la historia política regional es una opción teórico-metodológica de suma utilidad para incidir en la reconstrucción del pasado político michoacano.

La historia regional incide en un nivel de análisis que resulta complementario de otros referidos a universos de estudio más vastos o más restringidos. La historia regional no es una historia de tono menor, sino una línea teórico-metodológica para plantear y resolver problemas específicos de investigación.

Se ha sugerido que el "problema regional puede ser replanteado metodológicamente", en cuyo esquema queden desglosados elementos que nos permitan conceptualizar el término región, que desde mi punto de vista "no sólo es un producto histórico social, sino que es [también] un ámbito de definición y confrontación política".²²

Por último, y siguiendo a Carlos Martínez Assad, los historiadores tenemos que hacer énfasis en el estudio de las fuerzas sociales y analizar

²⁰ Álvaro Matute, "Historia Política", en *El historiador frente a la historia*, p. 72.

²¹ Citado en Luis González, *Invitación a la microhistoria*, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, Biblioteca Joven, p. 131.

²² De acuerdo con Gladys Lizama "las regiones son escenarios donde es factible percibir con mayor transparencia la interrelación entre lo específico local y lo característico global. La región es el ámbito que mezcla la combinación de estas dos dimensiones: suficientemente reducido para percibir una sociedad; suficientemente amplio para asimilar los mecanismos de reproducción de los grupos sociales". Véase: Gladys Lizama, "Región e historia en el Centro-Occidente de México", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 60, v. xvi, Zamora, El Colegio de Michoacán, otoño de 1994, p. 15. Véase también a Vargas, *op. cit.*, p. 17.

sus objetivos políticos para dar coherencia a una interpretación histórica sobre "los antagonismos, tensiones y conflictos de las fuerzas sociales y políticas con intereses locales y regionales, buscando la relación con el Estado y todas las conexiones que se establecen entre el poder central hegemónico y las instancias del poder en el nivel local o regional".²³

LAS EXPECTATIVAS EN EL FUTURO SOBRE EL PASADO

No está por demás reiterar las enormes posibilidades que representa para el historiador el encuentro con la relación entre historia y ciencia política. Al mismo tiempo, si el quehacer del historiador se finca en el análisis regional, estamos en vías de formular un modelo teórico que puede establecer referentes metodológicos para el estudio de lo político en sociedades históricas regionales del siglo xx.

En el caso de los historiadores que buscan desentrañar el pasado reciente michoacano, deberán aportar principalmente análisis, comprensión e interpretación de fuentes documentales inéditas y del todo desconocidas, con el firme propósito de elaborar estudios históricos en donde se muestren la construcción y la articulación del poder en el Michoacán posrevolucionario. Con dicho análisis político del proceso histórico michoacano, se abrirán nuevos temas y problemáticas que vendrán a llenar lagunas importantes en la historiografía michoacana del siglo xx.

Sin duda, el historiador interesado en desbrozar los ricos caminos del pasado reciente michoacano, se deberá enfrentar al reto teórico-metodológico: poner en la balanza historiográfica al poder y a la región. Desde esta perspectiva, seguramente la historia michoacana se verá enriquecida.

²³ Carlos Martínez Assad, (coord.), "A manera de prefacio", en *Balace y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, coedición centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades/UNAM y editorial Miguel Angel Porrúa, 1990, (México: actualidad y perspectivas), pp. 12-14.